

SANTOS SABUGAL

EL PADRENUESTRO

EN LA INTERPRETACIÓN CATEQUÉTICA
ANTIGUA Y MODERNA

OCTAVA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 1986
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

Cubierta: imagen digital realizada por Christian Hugo Martín
para Ediciones Sígueme

ISBN: 978-84-301-2154-0

Depósito legal: S. 38-2023

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogos</i>	9
<i>Introducción</i>	13

ANTOLOGÍA EXEGÉTICA DEL PADRENUESTRO

Padre nuestro que estás en los cielos	51
Santificado sea tu nombre	101
Venga tu reinado	131
Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo	179
El pan nuestro de cada día dánosle hoy	215
Perdónanos nuestras deudas así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores	257
Y haz que no sucumbamos a la tentación	295
Mas líbranos del Maligno	329
<i>Apéndice. Catecismo de la Iglesia católica</i>	351
<i>Conclusión</i>	373
<i>Bibliografía selecta</i>	375
<i>Índice de nombres</i>	377
<i>Índice general</i>	381

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Si todo teólogo debe ser también pastor (cf. Ef 4, 11), el exegeta no puede sustraerse a este deber. Su exégesis, so pena de infidelidad al carisma de «maestro y pastor» que la Iglesia le ha otorgado, tiene que desembocar en una teología bíblica, para traducirse luego en una exégesis pastoral capaz de llegar a todos los cristianos sin excepción. ¡Una exigencia particularmente urgente en la presente *hora catequética* de la Iglesia actual! Todo el pueblo de Dios, en efecto, está siendo reiteradamente espolcado, en las últimas décadas, por el supremo magisterio, para que cobre o recobre conciencia teórica y práctica de su *esencial misión evangelizadora*, cuyo *insustituible* auxiliar es la *instrucción catequética*. Pues si «la Iglesia existe para evangelizar» (Pablo VI), la catequesis «es una tarea absolutamente primordial de su misión» y «una obra en la que la Iglesia entera debe sentirse responsable» (Juan Pablo II).

En respuesta a esa llamada, y como modesta colaboración al «servicio de la Palabra» en el empeño evangelizador y catequético, quisiera ofrecer esta selección antológica y exposición personal del comentario al padrenuestro. Va destinada –interesa subrayarlo– no a especialistas, sino al lector común. A todos los «pastores» y catequistas laicos, como auxiliar en la tarea de iniciar a sus catequizados no sólo en el conocimiento teórico, sino sobre todo en la experiencia personal de la oración cristiana; a los catecúmenos y neocatecúmenos que se inician en los secretos y la práctica de la oración, para que les ayude en sus primeros y titubeantes pasos por los maravillosos e insospechados caminos de la alabanza y súplica cristianas; a todos los creyentes cristianos, finalmente, que pretenden adquirir una más perfecta sintonía con esa incomparable plegaria que es «la oración del Señor», para rezarla y meditarla con mayor provecho.

Agradecemos desde estas líneas a Ediciones Sígueme (Salamanca), Editorial Católica (Madrid), Editorial Rialp (Madrid), Ediciones

Aguilar (Madrid), Ediciones Cristiandad (Madrid) y Editorial Desclee de Brouwer (Bilbao) su permiso para la impresión de estos textos extraídos de sus publicaciones. Y esperamos que la obra, colmando una laguna de la hodierna bibliografía sobre teología bíblica, exégesis catequética y espiritualidad cristiana, logre la finalidad que nos hemos propuesto.

PRÓLOGO A LA SEXTA EDICIÓN

Las reiteradas ediciones de este comentario exegético y catequético al padrenuestro son indicio objetivo de su favorable acogida por los lectores de lengua castellana. Tanto el autor como Ediciones Sígueme se felicitan por ello, y agradecen a los lectores su entusiasta demanda de nueva edición. Una solicitud que el autor no puede frustrar. Lo hace, por lo demás, sin ampliar sensiblemente la edición original. Solamente se han añadido, por un lado, un apéndice que reproduce el comentario catequético a la oración del Señor del *Catecismo de la Iglesia católica* y, por otro, una bibliografía selecta –preferentemente catequética– sobre el padrenuestro publicada en los últimos años. Confiamos con ello que este nuevo «servicio de la Palabra» (Hch 6, 4) siga ayudando tanto a los evangelizadores y catequistas de la Iglesia, como a cuantos tengan hambre de «la Palabra salvadora» (Hch 13, 26): a todos los que anhelan conocer mejor el mensaje central de Jesús, por él condensado en esta oración sin igual y paradigmática, que su primer comentarista calificó logradamente como «el compendio de todo el Evangelio» (Tertuliano).

Padre nuestro que estás en los cielos

I. TERTULIANO*

Con esta invocación oramos a Dios y proclamamos nuestra fe. Está escrito: «A quienes en él creyeron, les dio potestad de ser llamados hijos de Dios»¹. Muy frecuentemente el Señor llamó a Dios nuestro Padre. Más aún, ordenó que no llamemos padre en la tierra, sino al que tenemos en el cielo². Orando así, obedecemos, pues, a su precepto. ¡Dichosos los que conocen al Padre! Esto es lo que reprocha a Israel, cuando el Espíritu invoca el testimonio del cielo y de la tierra diciendo: «Engendré hijos, pero ellos no le conocieron»³. Por otra parte, llamándole Padre titulamos a Dios. Este, en efecto, es al mismo tiempo un título de piedad y de poder. Asimismo, en el Padre es invocado el Hijo. Pues El dijo: «Yo y el Padre somos una sola cosa»⁴. Ni siquiera es silenciada la madre iglesia, dado que en el Hijo y en el Padre se reconoce a la Madre, de la que recibe consistencia el nombre tanto del Padre como del Hijo. Con un título o vocablo, por tanto, honramos a Dios con los suyos, recordamos su precepto y reprochamos a quienes se olvidan del Padre.

II. SAN CIPRIANO**

Ante todo no quiso el Doctor de la paz y Maestro de la unidad, que orara cada uno por sí y privadamente, de modo que cada uno, cuando ora, ruegue sólo por sí. No decimos «Padre mío, que estás en los cielos», ni «el pan mío dame hoy», ni pide cada uno que se le perdone a él solo su deuda o que no sea dejado en la tentación y librado de mal. Es pública y común nuestra oración; y cuando oramos,

* *De orat.* II, 1-7.

1. Jn 1, 12.

2. Cf. Mt 23, 9.

3. Is 1, 2.

4. Jn 10, 30.

** *Sobre la oración dominical*, 8-11.

no oramos por uno solo sino por todo el pueblo, porque todo el pueblo forma una sola cosa. El Dios de la paz, que nos enseña la concordia y la unidad, quiso que uno solo orase por todos, como él llevó a todos en sí solo. Esta ley de la oración observaron los tres jóvenes encerrados en el horno, puesto que oraron a una y unánimes y concordés en el espíritu. Nos lo atestigua la palabra de la Sagrada Escritura; y cuando refiere cómo oraron éstos, nos propone un ejemplo a la vez para imitarlo en nuestras oraciones, de modo que seamos semejantes a ellos: «Entonces, dice, los tres como con una sola boca cantaban un himno y bendecían al Señor»⁵. Hablaban como por una sola boca; y eso que todavía no había enseñado Cristo a orar. Por eso fue su oración tan poderosa y eficaz, pues no podía menos de merecer del Señor aquella súplica tan unida y espiritual. Así también vemos que oraron los apóstoles junto con los discípulos a raíz de la ascensión del Señor: «Perseveraban todos unánimes en la oración junto con las mujeres y con María, que era la madre de Jesús, y sus hermanos»⁶. Esta perseverancia en unanimidad de oración daba a entender el fervor, a la vez que la concordia de su oración; porque Dios, que hace que «habiten unidos en la casa», no admite en su morada eterna del cielo más que a los que se unen en la oración.

Pero ¡qué misterios, hermanos amadísimos, se encierran en la oración del padrenuestro! ¡Cuántos y cuán grandes, recogidos en resumen y especialmente fecundos por su eficacia, de tal manera que no ha dejado nada que no esté comprendido en esta breve fórmula llena de doctrina celestial! «Así, dice, debéis orar: Padre nuestro, que estás en los cielos». «Padre», dice en primer lugar el hombre nuevo, regenerado y restituido a su Dios por la gracia, porque ya ha empezado a ser hijo. «Vino a los suyos, dice, y los suyos no lo recibieron; a cuantos lo recibieron, les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre»⁷. El que, por tanto, ha creído en su nombre y se ha hecho hijo de Dios, debe empezar por eso a dar gracias y hacer profesión de hijo de Dios, puesto que llama Padre a Dios, que «está en los cielos»; debe testificar también que desde sus primeras palabras en su nacimiento espiritual ha renunciado al padre terreno y carnal, y que no reconoce ni tiene otro padre que el del cielo, como está escrito: «Los que dicen al padre y a la madre: no te conozco, y no reconocieron a sus hijos, éstos observaron tus preceptos y guardaron tu alianza»⁸. Lo mismo mandó el Señor en su evangelio, que no llamemos a nadie padre nuestro en la tierra, porque, realmente, no tenemos más que un

5. Dan 3, 51.

6. Hech 1, 14.

7. Jn 1, 12.

8. Dt 33, 9.

solo Padre en el cielo⁹. Y al discípulo, que le había hecho presente la muerte de su padre, le respondió: «Deja que los muertos entierren a los muertos»¹⁰, pues había dicho que su padre había muerto, siendo así que el Padre de los creyentes está siempre vivo.

Y no sólo, hermanos amadísimos, debemos comprender por qué llamamos «Padre que estás en los cielos», sino que añadimos «Padre nuestro», es decir, de aquéllos que creen, de aquéllos que, santificados por él y regenerados por el nuevo nacimiento de la gracia espiritual, han comenzado a ser hijos de Dios. Esta palabra, por otra parte, roza y da un golpe a los judíos, porque no sólo repudiaron deslealmente a Cristo, que les había sido anunciado por los profetas y enviado antes que a nadie a ellos, sino hasta lo mataron cruelmente; éstos no pueden ya llamar Padre al Señor, puesto que el mismo Señor los confunde y rebate con las siguientes palabras: «Vosotros habéis nacido del padre diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él»¹¹. Y Dios clama con indignación por el profeta Isaías: «Engendré hijos y los ensalcé, pero ellos me despreciaron; el buey conoció a su dueño, y el asno, el pesebre de su amo; Israel, en cambio, no me ha conocido y el pueblo no me comprendió; ¡ay de esta nación pecadora, pueblo cargado de pecados, raza malvada, hijos de perdición! habéis abandonado al Señor y habéis llevado a la cólera al Santo de Israel»¹². Como reproche para ellos, los cristianos cuando oramos decimos «Padre nuestro», porque ya empezó a ser nuestro y dejó de serlo de los judíos, que lo abandonaron. Y un pueblo pecador no puede ser hijo, pues se atribuye el nombre de hijos a quienes se concede la remisión de los pecados y se promete la eternidad, ya que dice el mismo Señor: «Todo el que comete el pecado es esclavo; y el esclavo no queda en la casa para siempre, pero el hijo queda para siempre»¹³.

¡Cuán grande es la clemencia del Señor, cuán grande la difusión de su gracia y bondad, pues quiso que orásemos frecuentemente en presencia de Dios, le llamemos Padre y, así como Cristo es Hijo de Dios, así nos llamemos nosotros hijos de Dios! Ninguno de nosotros osaría pronunciar tal nombre en la oración, si no nos lo hubiera permitido él mismo. Hemos de acordarnos, por tanto, hermanos amadísimos, y saber que, cuando llamamos Padre a Dios, es consecuencia que obremos como hijos de Dios, con el fin de que, así como nosotros nos honramos con tenerle por Padre, él pueda honrarse de nosotros. Hemos de portarnos como templos de Dios, para que sea una prueba

9. Cf. Mt 23, 9.

10. Mt 8, 22.

11. Jn 8, 44.

12. Is 1, 24.

13. Jn 8, 34-35.

de que habita en nosotros el Señor y no desdigan nuestros actos del Espíritu recibido, de modo que los que hemos empezado a ser celestiales y espirituales no pensemos y obremos más que cosas espirituales y celestiales, porque el mismo Señor y Dios ha dicho: «Glorificaré a los que me glorifican y será despreciado el que me desprecia»¹⁴.

También el santo apóstol afirmó: «No sois dueños de vosotros, pues habéis sido comprados a gran precio: ¡glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo!»¹⁵.

III. ORÍGENES*

Sería digno de observar, si en el antiguo testamento se encuentra una oración en la que alguien invoca a Dios como Padre; porque nosotros hasta el presente no la hemos encontrado, a pesar de haberla buscado con todo interés. Y no decimos que Dios no haya sido llamado con el título de Padre, o que los que han creído en él no hayan sido llamados hijos de Dios; sino que por ninguna parte hemos encontrado en una plegaria esa confianza proclamada por el Salvador de invocar a Dios como Padre. Por lo demás, que Dios es llamado Padre e hijos los que se atuvieron a la palabra divina, se puede constatar en muchos pasajes veterotestamentarios. Así: «Dejaste a Dios que te engendró, y diste al olvido a Dios que te alimentó»¹⁶; y poco antes: «¿No es él el padre que te crió, el que por sí mismo te hizo y te formó?»¹⁷, y todavía en el mismo pasaje: «Son hijos sin fidelidad alguna»¹⁸. Y en Isafas: «Yo he criado hijos y los he enaltecido, pero ellos me han despreciado»¹⁹. Y en Malaquías: «El hijo honrará a su padre y el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?»²⁰.

Aunque en todos estos textos Dios sea llamado Padre, e hijos aquéllos que fueron engendrados por la palabra de la fe en él, no se encuentra, sin embargo, en la antigüedad una afirmación clara e indefectible de esta filiación. Y así los mismos lugares aducidos muestran que eran realmente súbditos los que se llamaban hijos. Ya que, según el apóstol, «mientras el heredero es menor, siendo el dueño de todo, no difiere del siervo; sino que está bajo tutores y encargados hasta la fecha señalada por el padre»²¹. Mas la plenitud de los tiempos llegó con la venida de nuestro señor Jesucristo, cuando puede recibirse libremente la adopción, como enseña

14. 1Sam 2, 30.

15. 1Cor 6, 19.

* *Sobre la oración*, XXII, 1-XXIII, 5.

16. Dt 32, 18.

17. Dt 32, 6.

18. Dt 32, 20.

19. Is 1, 2.

20. Mal 1, 6.

21. Gál 4, 1.

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogos</i>	9
<i>Introducción</i>	13
1. Importancia del padrenuestro	13
2. La tradición del padrenuestro	18
3. Los comentarios al padrenuestro	36

ANTOLOGÍA EXEGÉTICA DEL PADRENUUESTRO

Padre nuestro que estás en los cielos	51
1. Tertuliano, 51; 2. San Cipriano, 51; 3. Orígenes, 54; 4. San Cirilo de Jerusalén, 57; 5. San Gregorio Niseno, 58; 6. San Ambrosio, 59; 7. Teodoro de Mopsuestia, 60; 8. San Juan Crisóstomo, 62; 9. San Agustín, 62; 10. Santa Teresa de Jesús, 66; 11. Catecismo romano, 68; 12. D. Bonhoeffer, 73; 13. R. Guardini, 74; 14. H. Van den Bussche, 83; 15. J. Jeremias, 89; 16. S. Sabugal, 90.	
Santificado sea tu nombre	101
1. Tertuliano, 101; 2. San Cipriano, 102; 3. Orígenes, 102; 4. San Cirilo de Jerusalén, 104; 5. San Gregorio Niseno, 104; 6. San Ambrosio, 105; 7. Teodoro de Mopsuestia, 106; 8. San Juan Crisóstomo, 106; 9. San Agustín, 107; 10. Santa Teresa de Jesús, 108; 11. Catecismo romano, 108; 12. D. Bonhoeffer, 111; 13. R. Guardini, 111; 14. H. van den Bussche, 121; 15. S. Sabugal, 126	
Venga tu reinado	131
1. Tertuliano, 131; 2. San Cipriano, 131; 3. Orígenes, 132; 4. San Cirilo de Jerusalén, 134; 5. San Gregorio Niseno, 135; 6. San Ambrosio, 136; 7. Teodoro de Mopsuestia, 136; 8. San Juan Crisóstomo, 137; 9. San Agustín, 137; 10. Santa Teresa de Jesús, 139; 11. Catecismo romano, 144; 12. D. Bonhoeffer, 148; 13. R. Guardini, 148; 14. H. van den Bussche, 161; 15. J. Jeremias, 166; 16. S. Sabugal, 167	
Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo	179
1. Tertuliano, 179; 2. San Cipriano, 180; 3. Orígenes, 182; 4. San Cirilo de Jerusalén, 184; 5. San Gregorio Niseno, 184; 6. San Ambro-	

sio, 185; 7. Teodoro de Mopsuestia, 186; 8. San Juan Crisóstomo, 186; 9. San Agustín, 187; 10. Santa Teresa de Jesús, 190; 11. Catecismo romano, 194; 12. D. Bonhoeffer, 199; 13. R. Guardini, 199; 14. H. van den Bussche, 207; 15. S. Sabugal, 211

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

1. Tertuliano, 215; 2. San Cipriano, 216; 3. Orígenes, 217; 4. San Cirilo de Jerusalén, 223; 5. San Gregorio Niseno, 223; 6. San Ambrosio, 224; 7. Teodoro de Mopsuestia, 225; 8. San Juan Crisóstomo, 226; 9. San Agustín, 227; 10. Santa Teresa de Jesús, 232; 11. Catecismo romano, 234; 12. D. Bonhoeffer, 237; 13. R. Guardini, 238; 14. H. van den Bussche, 246; 15. J. Jeremias, 249; 16. S. Sabugal, 250

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores

1. Tertuliano, 257; 2. San Cipriano, 258; 3. Orígenes, 260; 4. San Cirilo de Jerusalén, 264; 5. San Gregorio Niseno, 264; 6. San Ambrosio, 265; 7. Teodoro de Mopsuestia, 266; 8. San Juan Crisóstomo, 266; 9. San Agustín, 268; 10. Santa Teresa de Jesús, 273; 11. Catecismo romano, 276; 12. D. Bonhoeffer, 279; 13. R. Guardini, 279; 14. H. van den Bussche, 286; 15. J. Jeremias, 290; 16. S. Sabugal, 291

Y haz que no sucumbamos a la tentación

1. Tertuliano, 295; 2. San Cipriano, 295; 3. Orígenes, 296; 4. San Cirilo de Jerusalén, 300; 5. San Gregorio Niseno, 301; 6. San Ambrosio, 301; 7. Teodoro de Mopsuestia, 301; 8. San Juan Crisóstomo, 302; 9. San Agustín, 302; 10. Santa Teresa de Jesús, 305; 11. Catecismo romano, 308; 12. D. Bonhoeffer, 312; 13. R. Guardini, 312; 14. H. van den Bussche, 319; 15. J. Jeremias, 324; 16. S. Sabugal, 325

Mas líbranos del Maligno

1. San Cipriano, 329; 2. Orígenes, 329; 3. San Cirilo de Jerusalén, 331; 4. San Gregorio Niseno, 331; 5. San Ambrosio, 332; 6. San Juan Crisóstomo, 332; 7. San Agustín, 332; 8. Santa Teresa de Jesús, 333; 9. Catecismo romano, 334; 10. D. Bonhoeffer, 337; 11. R. Guardini, 337; 12. H. van den Bussche, 346; 13. S. Sabugal, 347

Apéndice. Catecismo de la Iglesia católica

Conclusión

Bibliografía selecta

Índice de nombres